

*Interpretación y vigencia del paisaje**

Coordinado por J. Mateu Bellés y M. Nieto Salvatierra, la editorial Evren publica en una edición sin ánimo de lucro, que puede descargarse libremente de la red (<http://www.evren.es/publicaciones/?p=3>), un interesante conjunto de interpretaciones sobre el paisaje, realizadas por destacados especialistas en el tema. El libro, que se ha planteado como una reunión de saberes en torno al paisaje, desde todos los campos, desde todos los puntos de vista, contiene una importante aportación teórica y metodológica, así como un compendio de las aplicaciones y acepciones que tiene este término en materias como la Geografía, la Ordenación del Territorio, la Ecología, las Ciencias de la Naturaleza y el Arte. A lo largo de sus páginas se muestran con profundidad y variedad la amplitud de puntos de vista que existen sobre el paisaje.

Como se indica en la introducción, la noción de paisaje está muy arraigada en el imaginario colectivo y de alguna manera ha llegado a ser un símbolo de la conciencia ambiental. Su utilización es cada vez más frecuente, tanto desde el campo de la ciencia y de la cultura como de la vida cotidiana, pero, no obstante, no existe una definición clara y única sobre sus contenidos, objetivos y modos de interpretación. Este libro nace para mostrar el modo en que el estudio del paisaje ha dado y da respuesta a los problemas complejos que afectan a la naturaleza, al medio ambiente y al territorio. El paisaje, que se inicia en la cultura y en la ciencia con la obra de Humboldt, se ha planteado siempre como un nodo de conexión entre muchos saberes académicos, en el que se generan enfoques transversales y planteamientos interdisciplinarios. Por ello, está muy capacitado para resolver los conflictos que se producen en la actualidad en la relación del ser humano con contexto que le rodea, en un momento de cambio y renovación de los conocimientos, en el que los límites entre las diferentes materias académicas se debilitan.

En conjunto la obra es muy rica en ideas y orientaciones. Sigue un largo recorrido temporal, desde el nacimiento del concepto del paisaje, que la mayoría de los autores sitúan en el siglo XVIII, hasta el momento actual. Está dividido en tres partes: Parte I Ontología del paisaje, con las aportaciones de E. Martínez de Pisón (Experiencia del paisaje), R. Núñez Florencio (Historia y Filosofía del paisaje) y J. Fernández Pérez (El paisaje entre la naturaleza, el arte y la ciencia). Parte II La valoración cultural del paisaje, con los trabajos de N. Ortega Cantero (Paisaje e identidad nacional), J. Nogué (Paisaje, territorio y sociedad civil), A. Berrizbeitia, R. Hecht, A. Muñoz (La idea de paisaje en USA: de naturaleza a ciudad), I. Ábalos Vázquez (Lugar y carácter, dos invenciones pintorescas), R. Rosenblum (Lo sublime abstracto), B. Dayer Gallati (El paisaje americano y lo sublime mudable). Parte III Conocimiento científico del paisaje, a cargo de J. Mateu Bellés (Descubrimiento científico del paisaje), C. Sanz Herráiz (Los científicos de la Tierra y la evolución de los estudios sobre el paisaje en España), J. Gómez Mendoza (Los ingenieros de caminos y de montes y su intervención en el paisaje), J. Orbatí Segrera (El paisaje: desde la ciencia a la planificación territorial).

Todas las aportaciones que se realizan en el libro son de gran calidad e interés. Es un libro que tenderá en el futuro a convertirse en un clásico imprescindible, en referencia obligada para el estudio del paisaje desde cualquiera de las posibilidades de aplicación que tiene.

* MATEU BELLES, J. y NIETO SALVATIERRA, M. (editores): *Retorno al paisaje. El saber filosófico, cultural y científico del paisaje en España*. Ed. Evren, Valencia, 2008, 606 págs.

Si en detalle es complejo y muestra la amplia gama de acepciones que puede llegar a tener el término de paisaje, en conjunto discurre según una secuencia muy coherente de la que se extrae la base conceptual, evolución teórica o disciplinar así como la situación actual de los estudios de paisaje.

Según R. Núñez, el concepto de paisaje procede de una comprensión unitaria e integradora de la realidad, que supone la superación del planteamiento recurrente de la civilización occidental de considerar a la naturaleza como una entidad anterior y ajena al hombre, pues en lugar de considerar que el medio físico y el medio humano son dos realidades contrapuestas y ajenas entre sí, se interpreta que nuestro entendimiento del mundo es indisociable del lugar que ocupamos en él. El paisaje es una consecuencia de la percepción humana y su significado es el que el ser humano le otorga. La naturaleza, que es el todo inabarcable, se transforma en paisaje, que es una naturaleza abaricable. A esta interpretación se llega a través de un largo proceso de pensamiento que, con antecedentes destacados, comienza a edificarse con la filosofía de Kant, continúa con el idealismo alemán y se concreta en el romanticismo, con la identificación entre el paisaje y quien lo contempla. Al mismo tiempo que el pensamiento teórico evoluciona, la interpretación estética de la naturaleza se modifica. Si en la época ilustrada clásica se valoraba la naturaleza por su capacidad de transformación racional, sujeta a medida, proporción y orden, posteriormente, con el romanticismo, lo que se aprecia es todo lo grandioso o indómito situado más allá de posibilidades de control humano, que, en conjunto, se ha venido a denominar lo sublime. La noción contemporánea de paisaje está íntimamente asociada a la conjunción entre el pensamiento teórico y la orientación estética indicadas, que se produce a partir del Romanticismo.

E. Martínez Pisón analiza la base conceptual y trayectoria del paisaje como objeto geográfico. Reconoce que la invención del concepto del paisaje es consecuencia de un modo de entender el mundo, es una conquista de las civilizaciones y un logro de la cultura y del arte, que se realiza fundamentalmente en Europa por la aportación de pintores, escritores y exploradores. Según este autor, el complejo cultural en el que se afianza el paisaje no se debe solamente a la aportación del pensamiento filosófico, sino también a una amalgama de aspectos culturales, como son la pintura del paisaje que se inicia en el renacimiento, la expresión literaria, sobre todo la literatura de viajes, la realidad del espacio geográfico explicada por los geógrafos clásicos, y la in-

mersión que realizan los viajeros en lo otro, en un mundo lleno de paisajes y habitantes diferentes. La capacidad de apreciar los paisajes depende de la sensibilidad, de la cultura y del sistema de valores de una sociedad, pero también de la experiencia en viajes, ciencia y cultura de cada observador. Por ello se puede considerar que el paisaje es una experiencia vital, que surge en la vida como contexto y circunstancia de ésta, que se da cuando se conoce el entorno, y se asocia a la inserción del ser humano en el mundo.

En su aplicación a la Geografía, el paisaje es la forma de los hechos geográficos, así como su percepción, representación y comprensión intelectual. El paisaje efectivo integra naturaleza, función, mirada, experiencia y lugar y se desglosa en paisaje territorio, que es la morfología del espacio terrestre y paisaje imagen, que es la construcción cultural añadida al paisaje-territorio. En el estudio del paisaje se trabaja con unidades abarcales estructuradas en sucesivas escalas, desde las más detalladas a las globales. En su trayectoria dentro de la Geografía el paisaje ha pasado por diversas etapas de desarrollo y aceptación entre los geógrafos: después de un auge inicial durante el siglo XIX y primera mitad del XX, se produce en los años 60 del XX una crisis, que lleva a la sustitución del estudio del paisaje por el de las percepciones sobre el espacio y la lucha social por el territorio, a la que sigue una recuperación a partir de los 70, impulsada por la Geografía Física. El interés actual por el análisis del paisaje es la consecuencia de una nueva sensibilidad ambiental y de la toma de posición de en favor de la protección de la naturaleza, que responde al importante deterioro ambiental que se produce desde los años finales del XX.

La utilización del paisaje como factor de identidad por parte de las sociedades modernas es una constante que fue paralela al desarrollo de Geografía como disciplina científica y al auge de los nacionalismos. N. Ortega analiza algunas evidencias de ello. Después de estudiar el modo en que se utiliza ese término para afirmar la identidad social o nacional y convertirlo en la representación sensible del sentimiento de pertenencia, concluye que el paisaje es un patrimonio, un bien heredado por la colectividad y un símbolo de su historia. Para apoyar su argumentación desarrolla los ejemplos del paisaje francés y del paisaje castellano: Si a través de la obra de Vidal de la Blache es el paisaje rural lo que define a Francia y simboliza la identidad y rasgos distintivos de esta nación, en España, a partir de la aportación de Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza y la Generación del 98, es el paisaje Castellano el que

ocupa el valor de paisaje arquetípico, representación sensible del sentimiento de pertenencia, símbolo de la historia y de la identidad nacional de la época.

La proyección y vigencia en la actualidad del sentimiento de identidad territorial es estudiada por J. Nogué, quien señala cómo después de unos años de poca valoración, la noción de paisaje regresa con fuerza y se hace referente indispensable en la formación y consolidación de las identidades territoriales, en un tiempo en el que el espacio geográfico pierde personalidad, continuidad histórica y definición. La idea de paisaje en la actualidad canaliza la conflictividad territorial y ambiental de la sociedad. Su defensa es un objetivo de una nueva cultura del territorio, que surge debido a la importancia creciente que el lugar y su identidad tienen en el mundo contemporáneo, que es opuesta a la idea de globalización y uniformización.

El desarrollo del paisaje como objeto de estudio científico se concreta específicamente en los capítulos de la tercera parte del libro. J. Mateu revisa los precedentes en España del estudio del paisaje considerando, por un lado, las aportaciones de ilustrados españoles como Cavanilles, Demetrio Rodríguez, Rojas Clemente o Gimbernat y, por otro, las obras de los naturalistas europeos de mayor proyección, como Humboldt, de Saussure o Ramond. Con todo ello pone de manifiesto que la corriente de valoración cultural y científica del paisaje que se inicia al final del siglo XVIII llega tardíamente a España, durante la segunda mitad del siglo XIX, porque la crisis del antiguo régimen rompe la continuidad de las aportaciones ilustradas, que los científicos españoles iniciaron de modo coetáneo a las de sus colegas europeos.

El desarrollo y evolución del paisaje en España antes y después de la inflexión de los años 60-70 es tratada en profundidad por C. Sanz, que estudia cómo se crea en España en el siglo XIX la base de conocimiento en Ciencias de la Tierra a partir de una idea de globalidad y conexión interdisciplinar muy próxima al concepto de paisaje.

Posteriormente, geólogos y geomorfólogos como Dantín Cereceda y E. Hernández Pacheco, definen y concretan algunos conceptos teóricos básicos del paisaje, como son los de región y comarca, que siguen las aportaciones que la Geografía que Vidal de la Blache y su escuela realizan en Francia. Desde los años 70, los referentes del estudio del paisaje son más complejos y profusos: escuela rusa de Gerasimov, escuela francesa de Tricart-Bertrand, basada a su vez en la idea de Geo-

ecología de C. Troll, escuela anglosajona, etc., y tienen por objetivo la búsqueda de nuevas opciones metodológicas y técnicas para dar una respuesta a las nuevas necesidades de interpretación del territorio, así como de su ordenación y valoración.

J. Gómez Mendoza estudia la influencia de las obras civiles en la transformación de la naturaleza, ya que a través de éstas se puede explicar por qué y cómo determinados entornos naturales y humanos han adquirido los aspectos fisonómicos, funcionalidad y valor que tienen actualmente. Su trabajo es de gran interés para los estudios aplicados de Geografía, por mostrar evidencias poco conocidas sobre la transformación y ordenación histórica del territorio en España. Además, se consideran las actitudes de los ingenieros y arquitectos según las que se intervenía en el territorio «rompiendo el paisaje», intentando, en el mejor de los casos, combinar funcionalidad y estética, utilidad y hermosura, conocimiento técnico y experiencia del lugar. La transformación del territorio ha producido tres tipos de intervenciones: puntuales, como la construcción de puentes, lineales, como el desarrollo viario o la ordenación hidráulica, y superficiales como el urbanismo, la organización forestal de montes y bosques, o la adecuación de los entornos geológicos entorno a las áreas de extracción minera.

Las posibilidades del estudio del paisaje en la actualidad en disciplinas diferentes a la Geografía son expuestas por J. Orbatí y J. Fernández. El primero de ellos considera que las potencialidades de mayor interés en el análisis del paisaje aplicado a la Ordenación del Territorio son, entre otras, su capacidad para expresar de modo sintético el contenido del territorio y el estado de los elementos que lo componen (suelos, relieve, vegetación, usos) y la eficacia para la discretización del espacio geográfico mediante unidades corológicas y tipológicas, que puedan ser reflejadas en documentos cartográficos. Por otra parte, J. Fernández, indica que el paisaje se sitúa para la Ecología a un nivel taxonómico superior al ecosistema (una unidad de paisaje contiene varios ecosistemas) y considera el gran interés que tendría hacer avanzar metodológicamente los estudios de paisaje para conseguir su integración plena en el campo de las ciencias de la Tierra.

Los capítulos dedicados a influencia del paisaje en la cultura americana aportan ideas nuevas y complementarias y, aunque con diferencias notables, indican la universalidad de las interpretaciones sobre el significado del paisaje. Aunque, en general el término de paisaje

sea considerado como una creación europea, en Estados Unidos, donde naturaleza y paisaje no son términos intercambiables, como indican A. Berrizbeitia, R. Hecht y A. Muñoz, se realizan dos importantes aportaciones a la cultura del paisaje que repercuten en la tratamiento actual de este concepto, que son el inicio de la protección de los paisajes naturales a partir de la creación del primer parque nacional y la inclusión de la naturaleza en el conjunto urbano, mediante la conservación en éste de grandes extensiones de áreas naturales, que actúan como elementos estructuradores de la ciudad.

A partir del texto de R. Rosenblum sobre la influencia que en la creación artística ha tenido lo sublime de la naturaleza, B. Dayer Galaty puntualiza como el tratamiento y significado de lo sublime, que también analiza con detalle I. Ábalos, fue evolucionando desde producto inicialmente europeo, a tema artístico propio, tanto figurativo como abstracto, a medida que la imagen de Norteamérica cambiaba desde una tierra virgen y primordial a un espacio colonizado y transformado por la acción humana.

Aunque los resultados obtenidos en los estudios del paisaje a lo largo de su historia sean impresionantes, carecerían de valor contemporáneo si no fueran válidos para resolver los problemas actuales que surgen en la interfaz de contacto entre las Ciencias Humanas y las de la Tierra. Las posibilidades de desarrollo de los estudios del paisaje en la actualidad se concretan, según se deduce de la lectura del libro, en tres ejes principales: Capacidad para efectuar análisis científicos del medio natural, posibilidades en la ordenación territorial o estudios medioambientales y significado patrimonial, que se asocia a la puesta en marcha del convenio europeo del paisaje. El análisis del paisaje tiene validez actual dentro y fuera de la Geografía, pues gestores y administradores del territorio, especialistas los diversos campos de ciencias de la Tierra, arquitectos y urbanistas se interesan por sus posibilidades metodológicas y técnicas.

Pero, además de la consecuencia de una determinada conciencia ambiental, de una metodología para realizar una ordenación territorial o de una técnica de cartografía ambiental, el concepto de paisaje está relacionado con la integración y adaptación del ser humano en el mundo que le rodea. Es la plasmación espacial del acaecer temporal del ser humano sobre el territorio que habita, que al interpretarlo o valorarlo, sin importar el grado de naturalidad o de humanización que tenga, se convierte en un reflejo de los sentimientos y valores humanos. En este sentido, el paisaje no puede ser ad-

critado a ninguna disciplina concreta. Es Ciencia, Sociología, Geografía y Arte a la vez porque está intrínsecamente unido al ser humano en cuanto a su vivencia sobre la tierra. La Geografía, por su posicionamiento intelectual entre ciencia positiva y cultura puede ayudar al entendimiento y desarrollo de todas las dimensiones del paisaje, pero éste la supera en riqueza conceptual y en contenidos.

En el momento actual la pervivencia y defensa del paisaje no consiste en la reivindicación de su estudio por parte de una disciplina o saber concreto, sino en la búsqueda del modo de aumentar la percepción, entendimiento y disfrute social e individual del paisaje. Las posibilidades de desarrollo que ofrece el convenio europeo del paisaje se consideran una garantía para la conservación del paisaje. El éxito de la aplicación de esta normativa depende de la amplitud de miras de los que trabajen en ella, de su capacidad de entender toda la extensión y profundidad del concepto de paisaje y de la habilidad para integrar a todos los que estén interesados en aportar algo para su desarrollo y divulgación social.— TERESA BULLÓN MATA